



Los ancianos

Mucho han cambiado los tiempos a los que estamos asistiendo. Y este cambio es un producto de las generaciones que los modelan con arreglo a sus propias creencias.

No hay cosa que se imite más que aquello que con visos de modernidad llega a nuestra puerta y se nos cuelga sin haberle dado permiso.

El hombre es sociable por naturaleza, ama lo que le rodea, siempre con arreglo a su capacidad para amar y siempre en una estrecha relación con su vida interior, expuesta a los más nefastos contagios.

El hombre se hace, -no siempre, claro- a base de la savia que circula por sus raíces purificadoras. Decimos de alguno: es muy moderno, pero con eso no queremos decir nada, sino que ha procurado romper con el pasado, prescindiendo de toda la enseñanza que nos han legado los siglos. Porque si queremos, como si no queremos, la vida de hoy, en el más profundo sentido ético, se nutre del pasado, aunque deje sueltas unas vías de sangre, sobre las que se edifica la modernidad. En la cultura, en la lucha por el espíritu no existe ese «borrón y cuenta nueva» y quien lo crea, se encontrará con muchos problemas sin asideros donde agarrarse.

El ser humano se forma en los primeros veinte años de su vida; después va aumentando su cultura, -experiencia de viejo- a través de los años, pero seguirá viendo de las rentas espirituales de su juventud. Y cuando el tiempo le haya situado y sea un gran hombre en cualquier rama cultural, se acordará de aquellas cosas que descubrió a los veinte años, ignorante de que ya estaban inventadas.

Es un gran médico, un hombre de Estado, un santo, pero son atributos que han ido conquistando en estrecha relación con su pasado.

Si todo esto que hemos expuesto lo aplicáramos a la manera como se desenvuelven las conciencias, notaremos que en un movimiento circense, todo o casi todo, ha quedado patas arriba. Las personas ya no representan lo que fueron, principalmente dentro del hogar, que es a lo que voy a referirme en este artículo. Antes, el padre, preparado o no para su papel, era el patriarca, y los hijos estaban pegados a él como ramos de olivo. Y hasta muy viejo cumplía su misión. Ahora porque se han abierto residencias para ancianos, o porque los pisos son tan pequeños que no hay habitaciones para los viejos, o porque en el peor de los casos los mayores son un estorbo para su vida social, el patriarca, -él o ella-, aún en pleno uso de sus facultades mentales, tiene que salir de la casa y si no

sale, queda reducido a un miserable papel en la familia.

Todo esto con ser muy poco caritativo, no me interesa tanto como la reacción anímica del individuo.

¿Qué piensa este ser humano, que en otro tiempo hubiera dado la vida por su hijo, cuando éste le arrinconaba o en el mejor de los casos, le lleva a un asilo, con médico, con enfermeras, con cura incluso, con todas las comodidades, menos una, el amor que ese hijo debe dar a su padre ya viejo? Porque el amor, esa cosita sin importancia, que damos o recibimos gratis, eso, digo, puede ser la felicidad de ese anciano, que en la residencia, -y a veces en su propia casa- se muere de angustia y de soledad. En los últimos años que está viviendo le sobra casi todo, menos el cariño de los suyos, ese cordón umbilical que le una a su familia.

¿Qué pasa por la mente de este hombre sensible, inteligente, que se ve apartado, recluso, si para colmo de males no tiene a Dios en su corazón?

Es este un clima pesimista, pero que es así, aunque lo adornemos con mucha literatura. ¿Como se puede dormir tranquilamente ese hijo cuando su padre se muere de desamor en una residencia? Sé que habrá muchas personas que, si leen esto, darán muchos datos y excusas para justificar sus decisiones, puede que callen la conciencia hablándonos del piso reducido, de esa aventura que es salir al flote cada día, pero al corazón no le vamos a ir con razones que no comprende, porque el corazón, cuando está lleno de amor, es un gigante que derriba muros y levanta fortalezas.

A mi madre

Como una enea que a la tormenta cede,
flotó en el aire de su propia pena,
como eslabón unido en la cadena
que nos ata a la vida y se sucede.

Mujer y madre en modos y figura,
crió en su puño trigo para el hijo,
y echó mano del santo crucifijo
para sufrir el hambre sin hartura.

Unas ropas de luto y un pañuelo
en su cabeza de madre bondadosa,
con su gesto de amor y desconsuelo.

Nada turbó la fuerza de su celo,
rezó a su esposo muerto como esposa,
y entre tanto dolor se nos fue al cielo.

*De mi libro «LA RAMA DEL OLIVO»
Antonio Iniesta*